

Un enamorado de Dios



JOSEMARÍA ESCRIVÁ
CENTENARIO DEL NACIMIENTO



Aprite le finestre al nuovo sole, è primavera!

*La prima rosa rossa è già sbocciata
e nascon timide
le viole mammole.*

*Ormai, la prima rondine è tornata,
nel cielo limpido comincia a volteggiar,
il tempo bello viene ad annunciar.*

*Aprite le finestre al nuovo sole!
Sul davanzale un piccolo usignolo,
dall'ali tenere, le piume morbide
ha già spiccato il timido suo volo...*

*Aprite le finestre ai nuovi sogni,
alle speranze,
all'illusione.*

*Lasciate entrare un poco d'aria pura
con il profumo dei giardini e i prati in fior.*

*Aprite le finestre ai nuovi sogni,
bambine belle,*

innamorate.

*Lasciate entrare l'ultima canzone
che dolcemente scenderà nel cuor.*

*Nel cielo, fra le nuvole d'argento,
la luna ha già fissato appuntamento.*



Abrid las ventanas al sol nuevo, ¡es primavera!

*Ya ha florecido la primera rosa roja
y nacen tímidas
las hermosas violetas.*

*Ya ha regresado la primera golondrina
y comienza a dar vueltas en el cielo limpio,
anunciando el buen tiempo.*

¡Abrid las ventanas al sol nuevo!

*Sobre el alféizar un pequeño ruiseñor,
de alas tiernas y plumas blandas
ha emprendido ya su tímido vuelo...*

*Abrid las ventanas a los nuevos sueños,
a las esperanzas,
a las ilusiones.*

*Dejad entrar un poco de aire puro
con el perfume de los jardines y los prados en flor.*

*Abrid las ventanas a los sueños nuevos,
chicas bonitas,*

enamoradas.

*Dejad que entre la última canción
que dolcemente se posará en el corazón.*

*En el cielo, entre las nubes de plata,
la luna ya ha fijado su cita.*

a natal en 1902.



Imagen de la "Virgen del Niño peinadico", que estaba en casa de sus padres.



Josemaría con quince años.



Dios es Amor
Él nos amó primero
1 Jn 4,8.10

Aprite le finestra... Así comienza una canción italiana de los años cincuenta que Josemaría Escrivá pedía que le cantaran cuando se estuviese muriendo. Un enamorado: eso es lo que fue toda su vida. **El Señor nos ha escogido totalmente para Él** —decía—; **y trasladamos a lo divino ese amor noble de las coplas humanas. Lo hace el Espíritu Santo en el Cantar de los Cantares; y lo han hecho los grandes místicos de todos los tiempos.**

Aprite le finestra al nuovo sole, è primavera! Josemaría Escrivá había abierto de par en par, desde su infancia, las ventanas de su alma al *sol nuevo* de la gracia. Desde pequeño, Dios le fue preparando para su misión. Era un muchacho de carácter abierto, firmemente anclado en los

valores de sus padres. Siempre estuvo profundamente agradecido por la fe que le habían transmitido y por la ternura con que se habían amado.

En su familia, profundamente cristiana, se respiraba una alegría de vivir que no se desvaneció nunca, a pesar de las dolorosas pruebas que tuvo que padecer. Los Escrivá eran cinco hermanos, y en sólo tres años, de 1910 a 1913, la muerte se llevó a las tres niñas más pequeñas; después, sobre el dolor de esa herida abierta fueron cayendo otras penas, como la quiebra del negocio paterno, que obligó a la familia a trasladarse de Barbastro a Logroño en 1915.

Será durante ese exilio forzoso de su ciudad natal, cuando la gracia entre, de forma impetuosa, en su alma. Tenía unos quince o dieciséis años y estudiaba en el Instituto de Logroño. **Cuando apenas era yo adolescente** —recordaría— **arrojó el Señor en mi corazón una semilla encendida en amor.** Fue una fría mañana de invierno. Sobre el suelo nevado, Josemaría vio

una cosa aparentemente fútil: la huella de los pies descalzos de un carmelita sobre la nieve. Conmovido, se preguntó: y yo, ¿qué estoy haciendo por Cristo?

Comencé a barruntar el Amor, a darme cuenta de que el corazón me pedía algo grande y que fuese amor (...). Yo no sabía lo que Dios quería de mí, pero era, evidentemente, una elección. Ya vendría lo que fuera... De paso me daba cuenta de que no servía, y hacía esa letanía, que no es de falsa humildad, sino de conocimiento propio: no valgo nada, no tengo nada, no puedo nada, no soy nada, no sé nada...

Fue en uno de esos días grises del invierno, cuando Jesucristo, que es la Luz de nuestro caminar, le anunció una primavera, una plenitud de luz y de gracia, un tiempo gozoso para la celebración del amor, como se lee en el Cantar de los Cantares:

Empieza a hablar mi amado, y me dice: «Levántate, amada mía, hermosa mía, y vente. Porque, mira, ha pasado ya el invierno, han cesado las lluvias y se han ido. Aparecen las flores en la tierra, el tiempo de las canciones es llegado, se oye el arrullo de la tórtola en nuestra tierra.

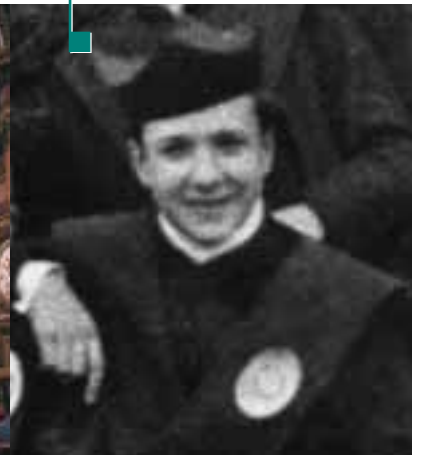
Con su hermano Santiago en Logroño



En la Santa Capilla de la Virgen del Pilar celebró su primera Misa.



En el Seminario de San Carlos, Zaragoza.



Abrid las ventanas al sol nuevo, ¡es primavera!

El amor de Cristo: ése fue el primer amor, el único amor del joven Josemaría Escrivá. Y amar a Jesucristo, al Amado, le lleva a cumplir su voluntad; la voluntad amorosa de un Dios que, al encarnarse, se convirtió en el Amor por excelencia, en el Amor de todos los amores. Por ese amor se hizo sacerdote, y por ese amor dejó de lado sus proyectos, tanto personales —soñaba con ser arquitecto—, como familiares: a su padre le hubiera gustado que estudiara Derecho. Fue una decisión delicada: sabía que a partir de entonces no podría ayudar a su familia como deseaba, en la difícil situación económica que atravesaban. Y pide con fe a Dios que les conceda otro hijo varón. En 1919 nació su hermano Santiago: fue un signo, una confirmación de su camino. Su padre, José Escrivá, muere en noviembre de 1924, cuando faltan pocos meses para la ordenación sacerdotal, que tiene lugar en Zaragoza el 28 de marzo de 1925.

Basílica de La Milagrosa y casa de los Misioneros de san Vicente de Paúl, donde se encontraba el 2 de octubre de 1928.



La Iglesia es como el jardín de Dios, donde su amorosa Providencia hace que broten las plantas más diversas con rica variedad de flores y de frutos. Cristo cuida de cada flor como si fuese una especie única e irrepetible; da igual que sea una rosa espléndida o una humilde violeta. Dios llamó a Josemaría para que cooperase en la floración del amor a Dios en el mundo: un amor que Dios mismo siembra con cuidado en el corazón de cada hombre, respetando siempre su libertad.

En estos años de primera juventud -1917, 1918—, aunque el joven Josemaría ignoraba el designio de Dios, la semilla del Amor ya estaba echando raíces en su alma. Oraba, al intuir un especial querer divino: **Que vea, Señor, que vea.** ¿Qué quería Dios que hiciese con su vida? **Que sea** —le repetía en su oración— **eso que Tú quieres y que yo ignoro.**

Tres años después de su ordenación sacerdotal, el 2 de octubre de 1928, se encontraba en Madrid —donde se había trasladado para doctorarse en Derecho Civil— haciendo un curso de retiro con otros sacerdotes. Tenía veintiséis años. Poco después de celebrar la Misa, una luz sobrenatural irrumpió en su alma para grabar a fuego en ella, con trazos indelebles, el designio de Dios, el querer divino para su existencia y para la de miles de almas: el Opus Dei.

Más tarde escribirá: **Recibí la iluminación sobre toda la Obra, mientras leía aquellos papeles. Conmovido me arrodillé —estaba solo en mi cuarto, entre plática y plática— di gracias al Señor, y recuerdo con emoción el tocar de las campanas de la parroquia de N. Sra. de los Ángeles.**

La primera rosa roja ha florecido.



Campana de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, actualmente en el Santuario de Torreciudad.

En esa época, don Josemaría ejerce su ministerio sacerdotal en los hospitales y en los barrios más miserables de la periferia de Madrid. Será a los pobres y enfermos que atiende, otros Cristos, a quienes pedirá que ofrezcan *por una intención suya* —*la intención de don Josemaría*, la llamarán muchos— todos esos sufrimientos, que él deposita cada mañana, durante la Misa, en la patena, junto con la Sagrada Forma.

La Eucaristía, los pobres y los enfermos: Jesús presente en su Iglesia. El Opus Dei nace así insertado en la Iglesia, para hacer eco en su llamada universal a la santidad: **Hemos venido a decir, con la humildad de quien se sabe pecador y poca cosa** —*homo peccator sum*,

decimos con Pedro—, pero con la fe de quien se deja guiar por la mano de Dios, que la santidad no es cosa para privilegiados: que a todos nos llama el Señor, que de todos espera Amor: de todos, estén donde estén; de todos, cualquiera que sea su estado, su profesión o su oficio. Porque esa vida corriente, ordinaria, sin apariencia, puede ser medio de santidad: no es necesario abandonar el propio estado en el mundo para buscar a Dios, si el Señor no da a un alma la vocación religiosa, ya que todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo.

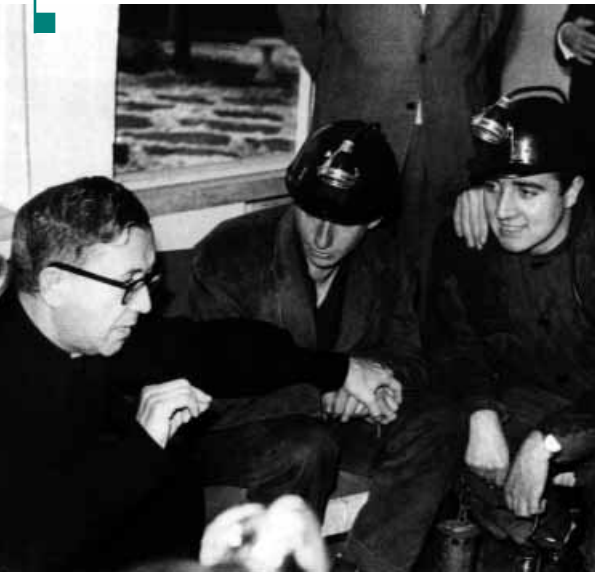
Durante estos años, en la vida del Fundador del Opus Dei se irán entreverando los pequeños sucesos de la vida cotidiana con las elevaciones espirituales de la más alta mística. Día tras día, la gracia lo irá encumbrando, en una ascensión vertiginosa, hasta hacerle vislumbrar el misterio sublime de la Encarnación. Allí, en la intimidad con Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, Josemaría Escrivá se une a la tarea de la Redención; y allí, *metido* en el Corazón de Cristo, va desentrañando su Presencia en todo lo creado.



Atendiendo a un gitano moribundo en el Hospital General de Madrid (relieve en una capilla de la Catedral de La Almudena, Madrid).

Madrid ha sido mi Damasco, escribirá por entonces. A partir del 2 de octubre de 1928, fiesta de los Santos Ángeles Custodios, su vida sólo tiene un sentido: llevar a cabo la misión que Dios le ha confiado, el Opus Dei. Y con el paso de los años, tras un intenso apostolado personal, el Opus Dei irá creciendo, hasta que, poco a poco, llegará a ser a los ojos del joven fundador como ese retoño en floración del que habla una vieja copla de su tierra: **capullico, capullico/ ya te vas volviendo rosa/ ya se va acercando el tiempo/ de decirte alguna cosa.**

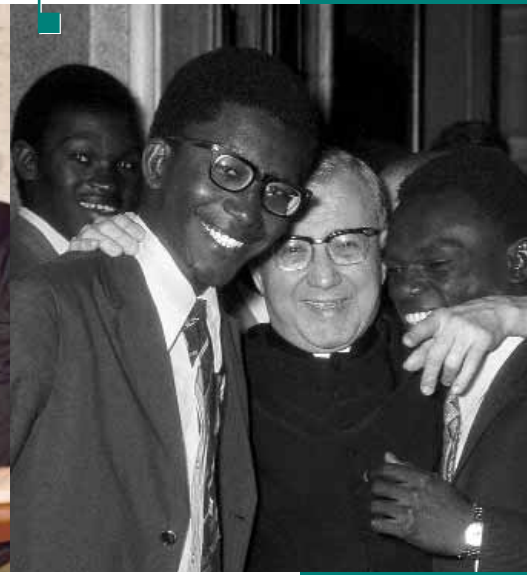
En Pamplona, España, en 1964.



En Roma, con don Álvaro del Portillo, en 1974.



En Roma, con un grupo de africanos, en 1973.



Sí, ya se acercaba el buen tiempo, un tiempo hermoso, un tiempo de frutos en el que miles de hombres y mujeres de los cuatro puntos cardinales buscarían la luz de Cristo en el panorama de su existencia diaria, en el horizonte de su trabajo ordinario y cotidiano.

Con ese tiempo de bonanza el Espíritu Santo deseaba vivificar el mundo y el alma de los cristianos, imprimiendo en sus corazones el Mandamiento Nuevo: *“Amaos los unos a los otros como yo os he amado”*. Esas palabras ocuparían, por decisión de Josemaría Escrivá, un lugar destacado en los centros del Opus Dei, como recordatorio constante del ejemplo de Jesús, que lavó los pies a sus discípulos, derramó su sangre por todos los hombres y nos dio a su Madre como Madre nuestra.

Amaos los unos a los otros...: ese precepto de amor compromete a una labor profesional bien hecha, realizada con la rectitud de un hijo de Dios; a un afán por mejorar en el trato con Cristo y, como fruto del rebotar de la vida interior, a un esfuerzo por acercar a los demás a Dios, a través de los mil modos y caminos que puede recorrer el anuncio cristiano de la Buena Nueva; a un empeño responsable por construir una sociedad más justa y más humana, trabajando en unión de esfuerzos con todos los hombres de buena voluntad.

Amaos los unos a los otros...: en ese Mandamiento se resuelven todos los demás. Y sin embargo, después de dos mil años de Cristianismo —recordaba Josemaría Escrivá—, muchos corazones no quieren amar:

Se comprende muy bien la impaciencia, la angustia, los deseos inquietos de quienes, con un alma naturalmente cristiana, no se resignan ante la injusticia personal y social que puede crear el corazón humano. Tantos siglos de convivencia entre los hombres y, todavía, tanto odio, tanta destrucción, tanto fanatismo acumulado en ojos que no quieren ver y en corazones que no quieren amar.

*Ya ha
vuelto la
primera
golondrina:
ya ha
comenzado
a dar
vueltas en
el cielo
anunciando
el buen
tiempo.*

En aquellos años —finales de los veinte, comienzos de los treinta— en los que el Opus Dei era como una flor recién nacida, su fundador hablaba del futuro que ahora vemos, y lo expresaba por escrito con aliento profético. Con los ojos de la fe, veía ya, como fruto de la gracia y del apostolado personal de tantos hombres y mujeres en los cinco continentes, un sin fin de proyectos en servicio de todos: colegios y universidades, centros de formación para obreros y escuelas para campesinos, junto con iniciativas renovadoras para

la promoción de la mujer, que ahora son ya una realidad. Para llegar cuanto antes a todos, había que comenzar en primer lugar por los intelectuales, que son **como la nieve que corona las cimas de las montañas**: si se dejan iluminar por la gracia de Dios, acaban convirtiéndose en torrentes, en aguas que vivifican los valles.

Don Josemaría acompañaba en su caminar cristiano, durante estos primeros años del Opus Dei, a todo tipo de personas: a gentes de cabeza sencilla y a mentes excelsas a las que recordaba que debían poner con humildad, al servicio de la sociedad, los dones de inteligencia que Dios les había concedido. No hacía distinciones entre unos y otros, porque para él cada persona —fuera cual fuera su condición, su cultura o el color de su piel— valía **toda la sangre de Cristo**.



De izquierda a derecha y de arriba a abajo: Biranta Study Centre (Jerusalén), Baytree (Londres), Iroto (Lagos), Morro Velho (São Paulo).

¿Qué proponía a aquellos hombres y mujeres con los que se encontraba? Pura y simplemente, la santidad. Ahí está, decía, la solución para los grandes problemas de la humanidad: **estas crisis mundiales son crisis de santos**. "Padre —le comentó años después uno de los primeros profesores de Medicina de la Universidad de Navarra, durante una estancia del fundador en Pamplona— usted nos pidió que hiciéramos una universidad... ¡y aquí está!". —Yo no os pedí que hicierais una universidad —precisó—, sino que os hicierais santos haciendo una universidad.

Una universidad, por sí misma, no *hace* santos, del mismo modo que una golondrina no hace primavera. Es Dios quien santifica al que le busca, ya sea arando el campo, cuidando de los hijos en el hogar o poniendo en marcha un gran proyecto universitario. La primavera de santidad con la que soñaba el fundador no era el resultado de las actividades eficaces de unos hombres de acción, sino el fruto sobrenatural de la oración, de la humildad, del trabajo bien hecho y ofrecido a Dios; el fruto de la comunión de los santos; el fruto de la caridad que viven los que están unidos entre sí porque comparten un mismo Pan: el Cuerpo de Cristo para la

vida eterna, alimento de la verdadera caridad, de una caridad operativa, atenta, concretamente sensible a las necesidades del prójimo.

Los bienes de la tierra, repartidos entre unos pocos; los bienes de la cultura, encerrados en cenáculos. Y, fuera, hambre de pan y de sabiduría. Vidas humanas que son santas, porque vienen de Dios, tratadas como simples cosas, como números de una estadística. Comprendo y comparto esa impaciencia, que me impulsa a mirar a Cristo, que continúa invitándonos a que pongamos en práctica ese mandamiento nuevo del amor.

Todas las situaciones por las que atraviesa nuestra vida nos traen un mensaje divino, nos piden una respuesta de amor, de entrega a los demás.



En los años 30, con un grupo de estudiantes. A la derecha, notas sobre los encargos que recibía y atendía como capellán del Patronato de Enfermos de Madrid.

Ha già spicatto il timido suo volo. Don Josemaría se lanza a trabajar. Además de sus tareas habituales —dar catequesis, preparar a miles de niños para la Primera Comunión, visitar a los enfermos en sus casas—, además de sus obligaciones como capellán, proseguía con la aventura de sacar adelante el Opus Dei en medio de los tumultuosos acontecimientos políticos de los primeros años de la II República española. Este vuelo hacia la altura del Amor de Dios, esta aventura para llevar a los hombres a Cristo, le llevaría a unirse con todas sus fuerzas a la Cruz, para abrazar con ella al mundo entero. Durante estos años acuden con frecuencia a sus labios y a su corazón encendido de joven sacerdote las palabras de Cristo: **fuego he venido a traer a la tierra...**

Son años de intenso trabajo sacerdotal, **años de fuego**, de luces y gracias fundacionales, en los que Josemaría Escrivá va llevando a cabo el querer divino con la docilidad de un niño que se abandona, confiado, en los brazos de su padre. Dios lo fue guiando por las altas cimas de la contemplación; y desde aquellas cúspides le mostró el gran panorama apostólico, la inmensa labor que tenía por delante.

*¡Abrid las
ventanas al
sol nuevo!
Sobre el
alféizar, un
pequeño
ruiseñor ya
su tímido
vuelo ha
levantado...*



¿Y él, quién era? Un sacerdote sin medios humanos, en un país agitado en el que se presagiaba ya la sombra de la guerra. Se sentía como aquel *gorrión solitario en el tejado* del que hablaba el Salmista, como un pobre pajarillo: poca cosa; pero estaba profundamente convencido, segurísimo, de que su Padre del Cielo cuidaba de él.

Me veo como un pobre pajarillo, que, acostumbrado a volar solamente de árbol a árbol, o, a lo más, hasta el balcón de un tercer piso..., un día en su vida tuvo bríos para llegar hasta el tejado de cierta casa modesta, que no era precisamente un rascacielos... Mas he aquí que a nuestro pájaro lo arrebató un águila —lo tomó equivocadamente por una cría de su raza— y, entre sus garras poderosas, el pajarillo sube, sube muy alto, por encima de las montañas de tierra

y de los picos de nieve, por encima de las nubes blancas y azules y rosas, más arriba aún, hasta mirar de frente al sol... Y entonces el águila, soltando al pajarito, le dice: anda, ¡vuela!...

Señor, ¡que no vuelva a volar pegado a la tierra!, ¡que esté siempre iluminado por los rayos del divino Sol-Cristo-Eucaristía!, ¡que mi vuelo no se interrumpa hasta hallar el descanso de tu Corazón!



Derecho y Arquitectura, y también Dios y Audacia. A la derecha, Santa Isabel donde tuvo lugar la conversación con Juan el lechero.

*Abrid las
ventanas
a los
sueños,
a espe-
ranzas, a
ilusiones.*

El amor a Dios y a los demás le llena de esperanza, de ilusión. **Soñad y os quedaréis cortos**, dirá años después, recordando estos momentos en los que necesita más que nunca de la esperanza, porque las tempestades se adivinan ya en el horizonte. Incomprensiones, dificultades, recelos... Es el momento de la fe, de esperar contra toda esperanza —*contra spem in spem*— para hacer la Obra que Dios le ha confiado. Comienza la primera labor apostólica del Opus Dei: la Academia-Residencia DYA.

El **centro y raíz** de su vida es la Eucaristía. Celebra la Santa Misa a primera hora de la mañana con una fe profunda en la presencia real de Jesucristo y un fervor que va aumentando de día en día. Pasa muchas horas en el confesionario, administrando lo que llama el **sacramento de la alegría**, el sacramento de la reconciliación con Cristo, al que él mismo acude cada semana.

Habitualmente, mientras reza en el confesionario, a determinada hora de la mañana, oye cómo se abre y se cierra de golpe la puerta de la iglesia, entre un estruendo metálico, como de latas. Intrigado, un día se aposta en la entrada y ve llegar al lechero con sus cántaros de leche en la mano. “Yo, Padre —le explica— vengo cada mañana, abro y le saludo: Jesús, aquí está Juan el lechero”. Conmovido, don Josemaría repetirá muchas veces, durante aquel día, en su oración:

Señor, aquí está este desgraciado, que no te sabe amar como Juan el lechero.

Pasan los años: llega la guerra civil, la persecución religiosa, la quema y el saqueo de iglesias y conventos, los sacrilegios, las profanaciones. Violencia en uno y otro frente. Es el triunfo del odio.

Durante largos meses, su vida corre peligro por el simple hecho de ser sacerdote. A pesar de esto, él confiesa y lleva la Comunión clandestinamente por las calles de Madrid siempre que alguien lo requiere. Finalmente, logra atravesar los Pirineos a pie y, tras celebrar la Misa en Lourdes, se establece en una ciudad donde puede ejercer su ministerio con libertad.

Terminada la guerra, regresa a Madrid, y visita las ruinas la Academia-Residencia que había puesto en marcha con tanta ilusión antes del conflicto. Recomienza sin rencores en el alma. Este empezar de nuevo de cero es un reencuentro con la Cruz, signo positivo de la unidad entre los hombres, entre el género humano. Es el triunfo del amor.

Otro cataclismo, la Segunda Guerra Mundial, dificulta el cumplimiento de la misión que Dios le ha encomendado: la expansión del Opus Dei. Por fin, en 1946, acabado el conflicto, la labor de la Obra comienza en Portugal, Italia y Gran Bretaña. En 1947, en Francia e Irlanda. Dos años después, en México y Estados Unidos; luego, en América del Sur, Asia, África, Australia...



Josemaría Escrivá celebrando Misa, en Roma.

En 1946 Josemaría Escrivá traslada su domicilio a Roma. Mons. Montini, el futuro Pablo VI, es la primera mano amiga que encuentra en la Ciudad Eterna. Desde Roma, con la colaboración y el apoyo constante de Álvaro del Portillo, impulsará el desarrollo del Opus Dei en todo el mundo.



Letrero del barco que le condujo a Roma por primera vez, en 1946.

No hace nada sin la aprobación de la autoridad de la Iglesia. Actúa de este modo, sabio y prudente, movido por su humildad y también por la **contradicción de los buenos** que sufre desde los comienzos del Opus Dei: ya en 1929, en efecto, le había dicho amenazadoramente un eclesiástico que era mejor que se olvidara del apostolado con los universitarios, porque de ese campo "ya me encargo yo". Experimentará este tipo de incomprensiones durante toda su vida, a pesar de las sucesivas aprobaciones del Opus Dei por parte de la Iglesia. En 1941 recibe la aprobación diocesana; en 1947, la Pontificia; en 1950, la aprobación definitiva.

La **contradicción de los buenos** no es la única fuente de sufrimientos: unas veces va acompañada por la calumnia —le llaman *loco*, *hereje* y *masón*—; y otras por la enfermedad: desde 1944 padece una grave diabetes de la que se curará repentinamente al cabo de diez años.

Ese designio divino del que es portador, esa llamada universal a la santidad, revela el amor infinito de Cristo, que **tiene puestos los ojos y el corazón en la muchedumbre**. Con la audacia de quien se sabe llamado por Dios a una misión personal, había escrito ya en 1930:

Hemos de estar siempre de cara a la muchedumbre, porque no hay criatura humana que no amemos, que no tratemos de ayudar y de comprender. Nos interesan todos, porque todos

tienen un alma que salvar, porque a todos podemos llevar, en nombre de Dios, una invitación para que busquen en el mundo la perfección cristiana, repitiéndoles: *estote ergo vos perfecti, sicut et Pater vester caelestis perfectus est; sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial.*

Todos los hombres, sin excepción, repite una vez y otra Josemaría Escrivá, están llamados a la santidad en la vida corriente, que **consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día**. Una santidad que lleva a acoger a todos, sin distinciones de credo religioso, con espíritu ecuménico: desde 1950, el Opus Dei admitirá a cooperadores no católicos, y en 1960 promoverá en Kenia el primer colegio interracial del este de África, contra el parecer de las autoridades, que consideraban poco *gentleman* semejante mescolanza.



Con don Leopoldo Eijo y Garay, Obispo de Madrid, en 1944.



A. Suñer, arzobispo de
 José María Escrivá de Balaguer
 Fundador de la Sociedad Sacerdotal
 de la Santa Cruz y del Opus Dei
 con una bendición especial
 28 de junio de 1940
 Pius XII



Desde sus años de Seminario, Josemaría Escrivá rezaba todos los días, en la liturgia de las Horas, el *Benedictus* de Zacarías, el *Nunc dimittis* del anciano Simeón y el humilde canto del *Magnificat*. Dispuso que todos sus sucesores a la cabeza del Opus Dei rezaran todas las noches el salmo *Miserere*: "Ten compasión de mí...". Lo hace postrado en el suelo y con los brazos en cruz: *un corazón contrito y humillado, oh Dios, no lo desprecias*.

Un corazón contrito: es la confianza del corazón humano, que descansa en el Corazón de Jesús. En Josemaría Escrivá lo humano se vuelve tan inseparable de lo divino que la letra de un villancico, como *Madre en la puerta hay un Niño*, o de una canción, como *A los árboles altos, o Chapala...* hace vibrar su alma en deseos de reconciliar el mundo con Dios. Era amigo del **aire libre y el agua clara**, y sabía pasar, con sobrenatural naturalidad, de lo humano a lo divino y de lo divino a lo humano. Veía en la belleza del mundo el reflejo de la belleza de Dios, un Dios que es Amor, Verdad y fuente de libertad, y bendecía con toda su alma —**con las dos manos**— el amor de los esposos, a los que solía recordar que el matrimonio es una vocación cristiana y un camino de santidad, y que el amor conyugal es la imagen de la unión entre Cristo y la Iglesia.

Habla de la Santa Pureza, y subraya que no consiste en una simple renuncia, sino en el don pleno de sí mismo, en una afirmación gozosa que lleva a tener un corazón lleno de amor de Dios y de amor a los demás, purificado de las escorias del egoísmo. *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*.

Todos los caminos pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo, decía. ¿Cómo? **Estando nosotros siempre en el mundo, en el trabajo ordinario, en los propios deberes de estado, y allí, a través de todo, ¡santos!** Glosando las enseñanzas de Josemaría Escrivá, Juan Pablo II ha indicado que los cristianos debemos abrir en el mundo, a nuestros hermanos los hombres, el camino que conduce a Cristo: "«Tu rostro busco, Señor» (*Sal 27 [26], 8*). El beato

Dejad entrar un poco de aire puro con el aroma del jardín en flor.



Juan Pablo II, en la dedicación de la Parroquia del Beato Josemaría, en Roma.

Josemaría, hombre sediento de Dios, y por eso gran apóstol, solía repetir esa aspiración. Escribió: **en las intenciones, sea Jesús nuestro fin; en los afectos, nuestro Amor; en la palabra, nuestro asunto; en las acciones, nuestro modelo**".

En ocasiones Cristo pide una donación total, plena, que excluye el matrimonio. Esa petición supone al mismo tiempo una misteriosa elección divina, un don del Espíritu que llena el corazón de gozo y fecundidad. Josemaría Escrivá condujo a numerosas almas al sacerdocio y al estado religioso; y, como fruto de su aliento espiritual, miles de hombres y mujeres han acogido gozosamente en su existencia, en medio del mundo, el don del celibato vivido por amor al Reino de los Cielos, sin otra consagración que la de los Sacramentos del Bautismo y de la Confirmación.



Encuentros en México, Ecuador y Argentina.

El celibato es un don maravilloso que convierte a los elegidos, si cooperan con la gracia, en testigos del Amor de Dios. Su disponibilidad plena y su fidelidad al querer divino es una llama vivificadora de la que se benefician también aquellos a quienes Dios llama al estado matrimonial, que se sienten movidos a asumir con renovado encendido sus compromisos esponsales y su empeño de fidelidad a Jesucristo. Esa vivificación mutua es propia de la Iglesia, donde todos dan y todos reciben al mismo tiempo: en la medida en que más se ama a Dios, más son las personas que el propio corazón acoge y ampara, como **rubíes empapados en la sangre viva y redentora** de Dios.

Con el aliento del Papa y siempre en comunión con los obispos,

Josemaría Escrivá es, durante toda su vida, un ardiente operario en esta llamada a la santidad del Pueblo de Dios, la Iglesia, hogar y escuela de comunión. Impulsa desde Roma, hasta su fallecimiento, la expansión apostólica del Opus Dei, que Juan XXIII describía como un fenómeno eclesial que está llamado a abrir "horizontes insospechados de apostolado universal". Sigue con atención el Concilio Vaticano II, y experimenta **una emoción difícil de explicar** el día en que los Padres conciliares recuerdan al mundo entero, de forma clara y vibrante, la llamada universal a la santidad.

Las infidelidades y errores que se dieron tras el Concilio, alterando su espíritu genuino y sembrando la confusión en el Pueblo de Dios, le hacen pensar, a comienzos de los años setenta, que es su deber, siguiendo la recomendación del profeta Isaías, *clamar a voz en grito*, con toda su alma, confirmar en la fe a sus hijos y a las personas que se acercan al Opus Dei. Y emprende numerosos viajes de catequesis por Europa y América con el fin de llevar la esperanza cristiana a las multitudes que le escuchan, y de pregonar por el mundo entero su amor a Cristo. Porque él es Padre, un verdadero Padre para sus hijas e hijos espirituales, que sumarán ya 60.000 al final de su vida.



En el polideportivo Brafa, Barcelona.

Una oración espontánea, hecha en voz alta el 2 de octubre de 1971, es la expresión de la madurez que ha alcanzado, con la ayuda del espíritu Santo, su profundización en la vida de Jesús: **Belén es el abandono; Nazaret, el trabajo; el apostolado, la vida pública. Hambre y sed. Comprensión, cuando se trata a los pecadores. Y en la Cruz, con gesto sacerdotal, extiende sus manos para que quepamos todos en el madero. No es posible amar a la humanidad entera — nosotros queremos a todas las almas y no rechazamos a nadie— si no es desde la Cruz. Trabajo y filiación divina bajo el signo del crucifijo; sumisión plena a la Voluntad del Padre; entrega de la propia vida por amor a los otros —no hay amor mayor que el que lleva a dar la vida por los amigos—: son los frutos del amor supremo que puede albergar un corazón humano; un corazón que late con todas sus fuerzas cuando se siente mirado por Cristo desde la Cruz.**



Escuchando unas canciones durante una tertulia en Brasil.



En los santuarios de Luján, Fátima y Lourdes.

En la vida, decía Josemaría Escrivá, hay primaveras y veranos, pero también llegan los inviernos, días sin sol, y noches huérfanas de luna. No podemos permitir que el trato con Jesucristo dependa de nuestro estado de humor, de los cambios de nuestro carácter.

¿Quién no ha pasado por un momento *difícil*? Una situación matrimonial en la que la fidelidad parece peligrar; un periodo de falta de entusiasmo en una determinada vocación; una quiebra inesperada en las relaciones profesionales... En esos momentos duros de la vida sentimos la ayuda maternal de la Virgen, que está siempre a nuestro lado, y no nos abandona nunca, y que nos ayuda a comenzar y recomenzar, una y otra vez: **A Jesús siempre se va y se "vuelve" por María.** Ésta fue la experiencia espiritual de Josemaría Escrivá, una experiencia que le llevó a peregrinar, siempre que pudo, a los santuarios de la Virgen: Lourdes, Fátima, Loreto, Einsiedeln, Luján, Guadalupe...



La Plaza de san Pedro el 17 de mayo de 1992 durante la Beatificación.

Dejad que
entre la
última
canción
y que en el
corazón
se pose
dulcemente.
En el cielo,
entre nubes
de plata,
ya la noche
a la luna ha
dado cita.

Había escrito alguna vez que le gustaría morir **cantando**. Ni las tormentas exteriores, ni las calumnias, ni *las noches oscuras del alma* que había padecido habían logrado agriar el corazón de quien se definía **un pecador que ama con locura a Jesucristo**.

No quería que le imitasen, porque **Cristo** —recordaba— **es el único modelo**. Pero no tenía reparo en afirmar que si en algo se podía poner de ejemplo era en su amor a la Santísima Virgen.

Con ella, a quien la piedad cristiana compara con la luna que refleja la luz del Sol, quería tener su última cita en esta tierra. **Así quisiera morir** —dijo en México, contemplando un cuadro en el que la Virgen de Guadalupe ofrece una rosa a Juan Diego—: **mirando a la Santísima Virgen, y que Ella me de una flor...**

Dios le concedió su deseo: falleció repentinamente el 26 de junio de 1975, mirando amorosamente una imagen de la Virgen de Guadalupe que tenía en su cuarto de trabajo. El Corazón Misericordioso de Jesús le mostró el océano de amor que tiene preparado para los que le aman, para los que saben hacerse niños delante de Dios.

Algunos decían que era un santo, y no es verdad, porque soy un pecador. Otros que era un diablo y tampoco tenían razón, porque soy un hijo de Dios. Lo único verdaderamente importante es cumplir la Voluntad de Jesucristo, vencedor del pecado y de la muerte; porque sólo el amor, como recuerda el Cantar de los Cantares, es más fuerte que la muerte. **Frente al hombre que se desintegra sin Cristo, se alza el hombre que ha resucitado con Él.** Josemaría Escrivá, contemplativo en medio del mundo, nos espera en la contemplación de la bienaventurada Trinidad, junto a la Virgen, los Ángeles y todos los Santos, en una fiesta sin fin: la fiesta del primer Amor.



Besando una imagen de la Virgen de Loreto.



Cuadro de la habitación de trabajo donde falleció.

Publicaciones

Camino

"Mons. Escrivá de Balaguer ha escrito algo más que una obra maestra: escribió sacando inspiración de su propio corazón, y al corazón llegan también los breves párrafos que forman **Camino...**" (L'Osservatore Romano, 24.III.1950). La primera edición de este libro es de 1934, con el título de **Consideraciones Espirituales**.



Santo Rosario

Libro de meditaciones sobre cada uno de los quince misterios de la vida de Cristo que se contemplan al rezar el Santo Rosario. La primera edición es también de 1934.



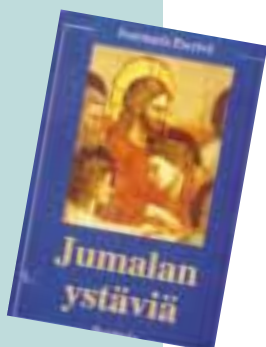
Conversaciones

En "Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer", el Fundador del Opus Dei contesta por escrito a las preguntas formuladas por varios periódicos y revistas de diferentes países. La primera edición es de 1968.



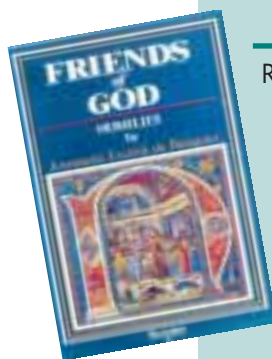
Es Cristo que pasa

El libro recoge algunas homilías que ofrecen una profunda y sugestiva exposición de la doctrina y vida cristiana. Prólogo de Mons. Álvaro del Portillo. La primera edición es de marzo de 1973.



Amigos de Dios

Recopilación de otras 18 homilías, en las que el autor toma las virtudes cristianas como hilo conductor de su entrañable coloquio filial con Dios. Prólogo de Mons. Alvaro del Portillo. Ha sido publicado en 1977



Via Crucis

Fruto de la frecuente contemplación que hacía Mons. Escrivá de las escenas de la Pasión del Señor. La primera edición se publicó en febrero de 1981.



Surco

"Al igual que Camino (...), Surco es fruto de la vida interior y de la experiencia de almas de Mons. Escrivá" (del prólogo de Mons. Alvaro del Portillo). La primera edición se publicó en octubre de 1986.

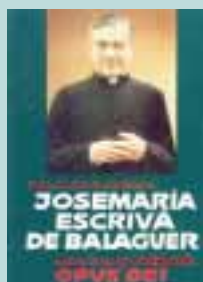


Forja

La última obra publicada, Forja, "es un libro de fuego, cuya lectura y meditación pueden meter a muchas almas en la fragua del Amor divino, y encenderlas en afanes de santidad y apostolado, porque éste era el deseo de Mons. Escrivá" (del prólogo de Mons. Álvaro del Portillo). La primera edición se publicó en octubre de 1987.



Algunas biografías



SALVADOR BERNAL,
Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei,
Rialp, Madrid 1976.

PETER BERGLAR, *Opus Dei. Leben und Werk des Gründers Josemaría Escrivá, Otto Muller,* Salzburgo 1983.

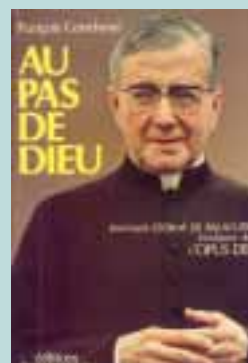


MIGUEL ANGEL CÁRCELES e ISABEL TORRA, *Historia de un sí. Vida del beato Josemaría,* Rialp Junior, Madrid 1993.

CESARE CAVALLERI & ÁLVARO DEL PORTILLO,
Intervista sul Fondatore dell'Opus Dei, Ares, Milán 1992.

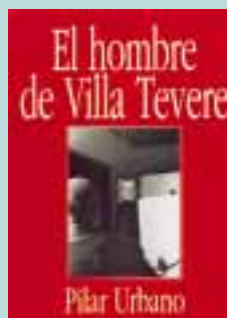


JOSE MIGUEL CEJAS,
Vida del Beato Josemaría, Rialp, Madrid 1992.



FRANÇOIS GONDRAND,
Au pas de Dieu. Josemaría Escrivá de Balaguer, fondateur de l'Opus Dei, France-Empire, París 1982.

DENNIS HELMING,
Footprints in the snow, Scepter, New York 1986.



PILAR URBANO, *El hombre de Villa Tevere,* Plaza & Janés, Barcelona 1995.

ANDRÉS VAZQUEZ DE PRADA,
El Fundador del Opus Dei. I. ¡Señor, que vea!, Rialp, 1997.



tercer, Dios creó: en tus
manos abandonas lo pa-
sado y lo presente y lo
futuro, lo pequeño y
lo grande, lo poco y lo
mucho, lo temporal y
lo eterno.
Roma, 1971.



Edita: Oficina para las Causas de los Santos de la Prelatura del Opus Dei en España.
Diego de León 14 – 28006 Madrid – Teléfono: 915634782
ocs@opusdei.es / www.opusdei.org

Texto: Guillaume Derville. Proyecto gráfico: JPTR&QMG
© Copyright by Scriptor